

## LE MANIEMENT DU SAVOIR

*Olga Weijers*

### **PRACTIQUES INTELLECTUELLES À L'ÉPOQUE DES PREMIÈRES UNIVERSITÉS (XIII-XIV SIÈCLES), BREPOLS, BELGIUM, 1996, 266 PÁGS.**

Luis Rojas Donat

Estudiar la Universidad es, en buena medida, conocer la formación de la Cultura cristiano occidental, porque ésta se ha hecho bajo el alero de la institución universitaria nacida en la Edad media, pero recogiendo y estudiando toda la herencia clásica.

La obra que presento y reseño es parte de un proyecto más amplio que se ha propuesto el Instituto de investigación e Historia de los Textos de Francia (*Institut de Recherche et d'Histoire des Textes, CNRS, París*), al iniciar una serie de publicaciones relativas a "Estudios sobre la Facultad de Artes en las Universidades medievales" (*Studia Artistarum*) -Artes deberíamos traducirlo hoy, en sentido lato, como *ciencias*-, que tiene como límites el año 1200 hasta 1300. Dentro de este ámbito la autora inicia esta colección con una obra que es fruto de años de investigación, pero más directamente producto de un año de conferencias dictadas en la famosa École Pratique des Hautes Études, sección IV, en 1993-4. Consultando las mejores bibliotecas del mundo, junto a las fuentes, en un ambiente universitario de estudio y crítica, con recursos, tiempo, espacio y una editorial esperando, no podía sino surgir una obra excelente.

Olga Weijers dirige también, paralelamente en esta misma editorial, una serie titulada "El trabajo intelectual en la Facultad de Artes de París: textos y maestros (ca. 1200-1500)", que consiste en un repertorio de nombres de maestros con sus respectivas obras adecuadamente identificadas ordenados alfabéticamente; dos tomos han visto la luz; obra de consulta imprescindible aunque no siempre reconocido.

En cambio, el texto que ahora comento es un estudio de la actividad intelectual en Occidente al momento del nacimiento de las universidades, alrededor de 1200. No significa solamente un aumento sorprendente del número de intelectuales, los que a su vez atraían a una cantidad cada vez mayor de estudiantes, sino también el surgimiento de una mentalidad diferente que arrastrará a la creación de métodos diferentes de aquellos que se usaban en las escuelas catedralicias (o episcopales) del siglo XII.

Pero el título -como muchas de tantas obras en la actualidad- puede inducir a error. No debe esperarse una visión de todas las facultades de artes de las universidades europeas en tres siglos. El estudio se centra en la Universidad de París, que desde un comienzo se

transformó en una suerte de faro, de guía de otras universidades que iban naciendo, puesto que muchos eran los que deseaban estudiar en París y regresar a sus lugares de origen en posesión de una "licencia para enseñar" (*licencia ubique docendi*) y entregar allí todo cuanto habían aprendido. Además, habían conocido una estructura universitaria, unas prácticas intelectuales y, por cierto, una cosmovisión que con toda seguridad debía proyectarse y de hecho se proyectó sobre otras universidades nacientes del orbe cristiano. París siguió siendo por antonomasia *la Universidad*, al menos, en el campo de la Teología. Para un teólogo medieval haber estudiado en París era garantía de prestigio, como lo era para cualquier jurista haber frecuentado Bolonia.

Por eso la obra que reseño no representa la totalidad del trabajo intelectual llevado a cabo durante el período escogido, es decir, aquel de las primeras universidades. Sin embargo, estas prácticas intelectuales objeto de este libro, son una suerte de base, porque para llegar a ser un intelectual en la Edad media era imprescindible adquirir un cierto número de nociones y mecanismos antes de especializarse en alguna disciplina como el derecho, la medicina o la teología, o también, antes de cumplir otras funciones importantes en la sociedad.

Desde el siglo XIII, para alcanzar todas estas posiciones era necesario lograr una formación de base que casi siempre lograba en la Facultad de Artes, primer escalón del estudio universitario, donde los alumnos aprendían a pensar, razonar y a utilizar los instrumentos del trabajo intelectual. Aunque los religiosos hacían sus primeros estudios en las escuelas de su propia orden, llegaban a la universidad para incorporarse a esta facultad y luego concluir sus estudios en las facultades superiores.

Este es el valor de este estudio: conocer el funcionamiento de una facultad de Artes. No es historia institucional ni una historia de las doctrinas enseñadas, aspectos que, como es sabido, han sido estudiados con prolijidad. Se trata de una historia intelectual, ¿Cuál era la formación de los estudiantes? ¿Cuál era el programa de aprendizaje? ¿Qué bagaje intelectual lograban adquirir estos estudiantes?

De este modo, una presentación de los puntos centrales de cada capítulo podrá dar cuenta rápida del carácter de esta obra: los reglamentos, los programas, los manuales y los autores estudiados, los métodos representados por la *questio*, la *disputatio*, los exámenes y las ceremonias, los diccionarios, etc. Acompaña un repertorio adjunto de textos latinos que se citan extractados a lo largo de los capítulos; éste tiene incalculable riqueza pues dispone el lector del texto adecuado para cada tema, reglamentos, autores, manuales, comentarios. Las ilustraciones, aunque en blanco y negro, ayudan de manera magnífica a comprender el valor inestimable de la palabra escrita -fundamento esencial de la formación humana-, del orden, de la preocupación por el aprovechamiento de la hoja en una época en que el papel era caro, el interés porque el pensamiento plasmado

en la escritura perdurara y fuera utilizado en beneficio del saber mismo, como también de las generaciones posteriores.

En este mismo sentido, es admirable el capítulo dedicado a la confección de los textos universitarios (cap. X), y no menos, el que dice relación con la lectura y la consulta de textos, y la *mise en page*, digamos, la diagramación, destinada a facilitar la utilización de los libros, los diferentes tipos de imágenes: por una parte, las explicativas, las didácticas y las nemotécnicas, y por otra, los diagramas, los esquemas.

Interesante me resulta destacar el valor de la lengua en este tema. Toda la enseñanza era en latín. Los estudiantes que llegaban a la universidad debían tener conocimiento de la lengua latina, la que habían aprendido en las escuelas donde la lectura y la escritura se hacían en latín. No obstante, es necesario señalar que en esta etapa primaria, se usaba la lengua vernácula para explicar las reglas, el significado de las palabras, etc. Pero la lengua nacional era sólo un medio, no el objeto de los estudios. Las notas apuntadas al margen en los manuales revelan el uso de la lengua materna. Además, el latín era la lengua universalmente conocida y en ella podían entenderse estudiantes provenientes de lugares muy diversos y de culturas distintas.

De gran valor constituye el capítulo XII titulado “los repertorios y los índices: una nueva mentalidad”, como una especie de síntesis de todo el trabajo de ordenación y presentación de las prácticas intelectuales en la facultad de Artes. En él me detengo para ofrecer una presentación sucinta.

Los diccionarios fueron muy poco conocidos en el medievo, puesto que en materia lexicográfica la herencia de la Antigüedad fue pobre: un epítome de Festus llegado a nosotros por Pablo Diácono y el libro II de las Etimologías de San Isidoro. Esta última obra fue quizá el más importante texto de consulta a lo largo de la Edad Media, pero compuesto en una época de contracción intelectual y donde el estudio se reducía a un carácter enciclopédico -lo que ya era bastante-, sin embargo, para los requerimientos medievales posteriores resultó ser ciertamente insuficiente.

Los primeros especímenes de la lexicografía medieval fueron los glosarios que surgieron a partir del siglo VII por obra de los maestros de las escuelas episcopales, serie de palabras consideradas raras que ordenadas según la misma letra y en hoja aparte, servían para comprender a los autores leídos. El conjunto de dichas hojas pasaron a llamarse *glossae collectae* o *glossarium*. Podían completarse y ordenarse según orden alfabético, siempre pensados para uso de los alumnos, aunque otros más eruditos debían servir para enfrentar textos clásicos más difíciles. La etapa siguiente fue la de los repertorios y los índices que vieron su nacimiento a fines del siglo XII y que invitan a pensar en una actitud diferente frente a los textos y al trabajo intelectual. En efecto, antes existía una manera diferente de leer las obras, que consistía en leerlas en su

totalidad meditándolas, en lugar de ser consultadas y utilizarlas parcialmente. Esta mentalidad privilegiaba el orden sistemático o racional, que era sin duda mucho más acorde con la memorización, elemento importante de la cultura medieval.

Pero el orden alfabético se encontró con un problema difícil de solucionar: no había una ortografía oficial y ello complicaba la ordenación de palabras inclasificables, escritas de uno u otro modo. Con todo, los repertorios e índices más o menos perfeccionados hicieron su aparición sobre todo después del siglo XIII, debido a un cambio de mentalidad en los intelectuales: había una necesidad de servirse de los textos sin releerlos enteros, se quería encontrar rápidamente los pasajes, los temas, las ideas para utilizarlos en sus propios trabajos. El caso más elocuente donde estos instrumentos eran muy necesarios es el de los sermones; para el ámbito del derecho los repertorios jurídicos y en el área de la medicina lo mismo. En todas las disciplinas se hicieron índices, tablas alfabéticas.

En conclusión, un excelente y bello libro que tiene como tema el centro mismo de la cultura humana: la palabra escrita y su utilización. No es posible comprender la historia de Occidente sin las universidades, y éstas no tienen ningún sentido sin los libros.